



CRITERIOS PARA UNA ADECUADA ORIENTACIÓN DE LA VIDA FAMILIAR SEGÚN LEONARDO POLO

Dra. Genara Castillo

Dado que es importante tener una buena teoría que sustente una buena vida familiar, trataré de comentar algunos criterios esenciales que al respecto formula Leonardo Polo en su libro *Ayudar a crecer. Cuestiones filosóficas de la educación*^[1].

1. El ser humano es radicalmente hijo y la paternidad humana es participada

Leonardo Polo parte del carácter filial de la persona humana: “El hombre es radicalmente hijo, pero no es radicalmente padre. Es obvio que sin padres humanos no hay nueva generación, pero los padres humanos ponen algo de la realidad del hijo, aunque no todo. El alma humana espiritual no procede de los padres humanos. Por tanto, se puede decir que éstos participan de una paternidad más alta, que es la paternidad divina”^[2].

Aunque los padres pongan la dotación biológica del hijo, su alma espiritual es creada por Dios. Esta intervención divina hace que los hijos sean más hijos de Dios que de sus padres. Dicho de otra manera, la filiación es completa: además de ser hijos de sus padres el ser humano lo es respecto de Dios. Los propios padres son hijos a su vez y no sólo de sus padres biológicos sino de Dios. Por otra parte, los seres humanos son hijos, pero no todos son padres, la paternidad humana es otorgada por Dios que les da la capacidad de ser padres.

Polo no elude el gran problema del rechazo del ser humano a su condición de hijo. No es sólo simple ignorancia u olvido, se trata de una rebeldía: “Lo que se registra en la historia humana no es un olvido de la filiación, sino una rebeldía, un no querer aceptar ser hijo”^[3]. Es la gran tragedia humana: no querer ser hijo, no querer deberle nada a nadie, declarar su autonomía radical, romper su relación filial con Dios, desconocerla. Pero al hacerlo queda en una situación muy precaria, esa pretensión le lleva a un quedar íntimamente desasistido. Al desconocer su origen y su destino se cierra al horizonte del amor, que es el núcleo familiar y desconociendo el sentido de su vida deja incumplida la tarea, plan o proyecto personal.

Ese intento equivocado hace notar aún más la contingencia, la precariedad, del ser humano que es innegable. El ser humano nace prematuro, necesita ser ayudado a crecer. Él mismo abandonado a sus propias fuerzas es inviable. De ahí que los cónyuges atiendan esa precariedad, la finalidad de los padres es ayudar a crecer al hijo, porque evidentemente no basta con la procreación –primera finalidad del matrimonio– sino que hay que ayudar a que ese ser prematuro se valga por sí mismo, para lo cual se requiere de muchos años de maduración, de aprendizaje, de educación, de ratificación y de consuelo. Dicho proceso de crecimiento va siendo detallado por Polo desde el aprendizaje elemental de la técnica humana hasta la vida moral.

En definitiva, se puede ver “qué significa para el hombre ser hijo: estar asistido desde la propia radicalidad personal por la paternidad. Ser hijo es nacer y, en último término, seguir naciendo, no dejar de ser hijo nunca. De manera que ese crecimiento que es característico del que nace prematuramente es asistido. La forma de asistencia, de paternidad aplicada al crecimiento, es precisamente la educación la ayuda a crecer. Ser hijo significa que uno necesita ser ayudado, educado. Desde este punto de vista, la educación tiene una justificación obvia, entendida como *ayudar a crecer*, según la definición de Tomás Alvira”^[4]. Evidentemente si el ser humano ya viniera a este mundo valiéndose por sí mismo, en todo orden de cosas, no sería necesario proveerle de una educación, de una ayuda y la familia no tendría justificación.

2. El fundamento de la educación de los hijos es el amor de los padres entre sí.

Una vez planteada la condición precaria, débil, prematura del ser humano, lo cual exige la ayuda para su crecimiento, surge la pregunta ¿y cómo se le ayuda a crecer? ¿Qué es necesario para educarle? Ante lo cual Polo recuerda que el pilar básico es **el amor de los cónyuges**. Es otro de los fines del matrimonio.

Esa unidad o amor de los padres es necesario para conseguir la **normalidad afectiva** del hijo, la cual es imprescindible para el desarrollo o proceso educativo de los hijos: “si hay solidaridad entre el amor mutuo y el amor al hijo, y la educación está en la línea del amor al hijo, siendo esta línea inseparable de la otra, es decir, del amor de los esposos, entonces, la educación en la familia es fundamentalmente una educación en la normalidad afectiva. A los padres les corresponde educativamente, ante todo, normalizar los afectos de los hijos. La normalización de los afectos de un ser humano es básica, de tal manera que si falla tenemos una falta de fundamento para edificar una educación superior, o sea, una educación del intelecto y de la voluntad”^[5]

La educación del espíritu, es decir la educación de la inteligencia y de la voluntad tiene como cimientos la educación de la afectividad. La sensibilidad involucra más de una decena de facultades. En ese nivel de la sensibilidad humana donde la actividad de unas facultades redundan unas en otras, la normalidad afectiva es clave, porque dicho rápidamente es como “el disparadero” o en su defecto el “bloqueador” del despliegue del conjunto de facultades como la imaginación, la memoria, etc.

Hacer más fuerte el amor conyugal es muy importante para ser buenos padres. El amor conyugal pasa por el conocimiento y aceptación del otro, por la ayuda mutua, la

generosidad, especialmente por la comprensión porque el amor está tanto en dar como en comprender, en valorar, en compartir con el otro, en dialogar, en perdonar. Todo ello es explicitado y desarrollado por Polo, por ejemplo, la importancia que tiene jugar con los hijos. Aquí la presencia del padre es fundamental^[6], el tiempo “perdido” jugando con los hijos, enseñándole a ganar y a perder, a enfrentarse con retos, etc., es fundamental en la normalización afectiva del hijo.

El cariño de los cónyuges entre sí es primordial para los hijos. Polo advierte que no se trata de que los hijos vean muchos arrumacos entre sus padres, pero sí que se den cuenta de lo mucho que les importa el otro cónyuge y cómo buscan positivamente su bien. Lo importante es que los hijos vean que se pone esfuerzo para cuidar la relación, para valorarla.

3. No es educativo que los esposos riñan delante de los hijos

Polo habla de una pedagogía conyugal en que el uno ayude al otro. “De una manera prudente se debe hacer notar que el marido y la mujer se quieren, pues eso es imprescindible para la educación en la familia. Además, ayuda a que los esposos se eduquen entre sí. Un padre o una madre mal educados no pueden ser buenos educadores”^[7]

Evidentemente los cónyuges no siempre coincidirán en sus puntos de vista, algunas veces disenterán, discutirán. En ese momento es recomendable que los dos se aislen, respecto de los hijos, para discutir. Es necesario aprender a discutir y tratar de mantener las reglas elementales de toda discusión, como por ejemplo no herirse. Discutir es diferente de agraviarse. El agravio es una ofensa porque se adjetiva al otro, se le condena, no se le deja una salida airosa. En cambio, se puede centrarse en los hechos, discutirlos o describirlos, sin adjetivar o juzgar al otro cónyuge:

“No es lo mismo no estar de acuerdo que reñir. Hay que acercar posiciones. Conviene dialogar porque las riñas proceden de un problema de incompatibilidad de caracteres, de una manera distinta de ver las cosas, lo cual provoca disputas o desacuerdos”^[8].

Es conveniente que los padres no den a los hijos el espectáculo de sus riñas. Para los hijos el amor de los padres es percibido como uno solo, es como si fuera un piso seguro –uno solo, no dos–, sobre el que se asientan con seguridad. Es lo que les da una cierta estabilidad emocional, es una especie de percepción de que si les acechara algún peligro, tienen como defensa el amor de sus padres. Inconscientemente intuyen que el amor de los padres se prolonga en el amor a los hijos, que es su condición; por eso cuando los padres riñen se resquebraja esa seguridad y sienten que si les sucediera algo nefasto no tienen ese respaldo afectivo ya que está desintegrado o roto el amor de los padres. Entonces empiezan a sentirse inseguros, a saborear el miedo y a veces la angustia (el miedo ante un peligro no identificado). En las etapas de la niñez y adolescencia el hijo necesita un mínimo de seguridad afectiva porque de lo contrario su desarrollo se bloquea, ¿cómo podrá aprender o afrontar situaciones críticas u otros aprendizajes que requieren un gran esfuerzo si su energía es subsumida por esos trastornos afectivos?

Polo sostiene que las riñas entre esposos solamente se pueden vencer si cada uno de ellos hace un pequeño examen de cuáles son las razones por las que actúa de una determinada manera, de modo que se ponga en condiciones de dominar o educar su carácter. A una persona mayor hay que pedirle que haga su propio examen. Otras veces las desavenencias son también consecuencia de la misma convivencia, de faltas de una buena educación, en el sentido de la cortesía. Por eso hay que tener en cuenta cómo es cada uno. A veces, el marido es un poco brutal y otras la mujer es un poco melindrosa, o excesivamente susceptible^[9]

Un hijo tiene derecho a que los padres se quieran. Existen casos en que los padres aterrorizan a sus hijos con sus peleas, pero no tienen derecho a eso. Esas imágenes, esas palabras se quedan grabados en los hijos y son una rémora para su desarrollo. Polo considera que la máxima riña conyugal es el divorcio, ya que éste amenaza con romper afectivamente al hijo. El sentimiento que acude al hijo de padres divorciados es la tristeza, porque aunque se hayan “separado bien”, el hijo que ama a su padre y a su madre, echa de menos que no estén juntos. Es verdad que no es una ley general el que de padres divorciados salgan hijos traumatizados, pero aunque no se den dichos traumas sí hay una influencia en la tonalidad afectiva del hijo que como digo se tiñe de una cierta tristeza o melancolía.

4. El amor de los esposos entre sí no debe separarse del amor a los hijos

Dado que existe una participación de los dos padres en la constitución de la dotación genética y, por tanto, del crecimiento de la bio-génesis, de la generación del nuevo ser, éste expresa el carácter unitivo que existe entre el amor de los padres y el amor de los hijos. Por tanto, el amor de los esposos entre sí y el amor de los esposos al hijo no son muy separables, porque los padres reconocen su mutuo y propio amor en el hijo; el hijo es obra común. El hijo es tanto del padre como de la madre; lo es unitariamente. En él los esposos se unen.

Aquí se ve también que el amor a los hijos está muy unido al amor entre los cónyuges, las dos finalidades del matrimonio van muy unidas. Al respecto Polo se plantea la siguiente pregunta: dado que el hijo es fruto de la unión de los padres, **¿puede desunir a los padres?**^[10] Es evidente que si el hijo desuniera a los padres, entonces, esa concepción del hijo como obra común, de los dos, donde se concentra el amor mutuo, fracasaría.

Lo que sucede es que en algunos casos esta situación de ruptura se da cuando los padres muestran un excesivo amor a su hijo dejando de lado al cónyuge. Cuando un padre tiene predilección por su hijo y se olvida de su mujer; o al revés, cuando la mujer se olvida de su esposo a favor de su hijo. En estos casos el hijo está desuniendo y disminuyendo el amor entre ambos, lo cual es contradictorio puesto que si decimos que el hijo es el fruto culminante mediante el cual los esposos ratifican su mutuo y propio amor, parece absurdo que el hijo pueda separar o pueda disminuir el amor de sus padres.

La prueba de la convivencia diaria, el “día a día” pide llevar a descuidarse los cónyuges entre sí. Son tantas las cosas por hacer, preparar las cosas, llevar a los chicos

al colegio, el hogar, el trabajo, los familiares, los amigos, etc. Se pueden llevar la mayor parte de las horas, pero aún en medio de todas esa multiplicidad de cosas no hay que perder el contacto con el cónyuge, tratar de no descuidarlo, porque sin darse cuenta se pueden ir separando o alejando.

Así pues, teniendo en cuenta que el fin del matrimonio es la generación, la crianza y la educación de los hijos, como nos interesa la educación, entonces, habría que preguntarse: ¿cuál es el requisito básico de una buena educación?, ¿Cuándo una educación se hace mejor? **Cuando el amor del hijo es una prolongación del amor entre los esposos.** En cambio, es peor cuando el amor al hijo desune o deja en segundo lugar el amor entre los esposos.

Como se puede ver hay una estricta unidad entre los dos fines del matrimonio: entre el fin primario, que son los hijos, y ese otro fin que es el amor mutuo. El fin primario son los hijos y esto incluye educarlos. De manera que lo importante que deben hacer los padres, aquello sin lo cual la generación humana no sería tal, es educar; pero se le educa partiendo del amor mutuo entre los esposos.

5. Los padres deben tener medidas educativas comunes.

“Por amor al hijo hay que educarlo, hay que corregirle. De lo contrario, ni se le criaría ni se le educaría”^[11]. Por eso hay que ir de acuerdo y no quitarse autoridad delante de los hijos. A veces esto se da porque puede primar el amor al hijo respecto del cónyuge, pero el amor al hijo nunca puede ir en déficit del amor de los esposos. Las medidas educativas y su puesta en vigencia también es un gran ámbito educativo.

Como venimos señalando, los esposos se pueden educar entre sí, y educarse para educar. Por ejemplo, si el padre propone una medida respecto a los hijos y la mujer no la secunda, sino que más bien la contraría -puede ser que no lo haga en el acto, pero sí después-, se educa mal al hijo. Por ejemplo, si al padre se le ocurre mandar al hijo a la cama sin cenar y la madre le lleva la cena a su habitación, allí obviamente hay un defecto en capacidad educativa, consecuencia de una falla del amor de la madre al esposo a causa del amor de la madre al hijo^[12].

Es evidente que en ese caso pesa más el amor al hijo, porque si hubiese pesado más el amor al esposo, la mujer hubiese secundado su determinación, y no contraviniera las medidas del padre. Lo que puede hacer la madre es discutir a solas con su marido lo que ella opina acerca del castigo impuesto al hijo, puede ayudarlo a ver que no ha tomado una medida educativa justa o correcta; pero lo que la madre no debe hacer es tomar esa iniciativa astuta de “sacarle la vuelta” a la norma paterna. Eso lo suelen hacer los abuelos, quienes no suelen ser buenos cooperadores en la educación.

Ese tipo de actitudes desmoraliza afectivamente al niño. En efecto, no puede tener equilibrio emocional aquella persona que cree ser más amada por su madre que por su padre, o aquella persona que cree que el amor radica o consiste en darle o no de comer y que no se le quiere porque se le ha castigado. En este caso ¿cuál será la actitud del hijo hacia el padre? De inseguridad, de falta de confianza, lo cual dificulta la labor educativa del padre porque estará sujeto a algunas reservas. Si al día siguiente el

padre se da cuenta que el hijo tiene algún resentimiento o recelo tiene que tratar de arreglar la situación explicándole primero a la madre y luego al hijo, esa pedagogía conyugal y paterna es necesaria para la normalidad afectiva del hijo.

Por esto, una deducción que se desprende de que el amor a los hijos debe fomentar el amor de los padres es que para que la familia sea realmente un ámbito educativo los padres deben ir de acuerdo en la educación de los hijos, es decir que es conveniente que no se quiten la autoridad. A los hijos les viene muy bien tener sentido de los límites. Es recomendable que ambos padres conversen y tengan una sana política de sanciones y premios, fomentando la responsabilidad de los hijos, el que aprendan a ver que de sus actos se siguen consecuencias y que pechen con su propia responsabilidad las consecuencias de sus actos.

Si el hijo tiene disonancias en las normas debido a que un padre manda de manera opuesta al otro, con otros criterios, esto no sólo influye en su estabilidad afectiva, sino que esto es nefasto para el hijo porque pierde el sentido de los límites, de la autoridad y de las consecuencias de sus actos.

Se deberán corregir y tratar de remediar los efectos perversos devenidos de una falta de coordinación entre las medidas educativas del padre y las de la madre. Si la mujer actúa a espaldas de su marido lo está engañando, está funcionando de una manera indigna de su carácter de esposa. El motivo del engaño es justamente su cariño al hijo, pero como hemos reafirmado con el principio que estamos desglosando: el amor a los hijos debe ir unido al amor entre los padres.

Naturalmente, con esa discordancia no se ayuda a la educación afectiva del hijo, la cual es posible solamente por esa comunión de los dos amores, de los padres al hijo y del marido a la mujer, lo cual no quiere decir que la educación afectiva del hijo sea una cosa dulzona^[13]. Los afectos humanos no son todos ellos -digámoslo así- puramente sensuales o sensitivos, de acuerdo con esa distinción que hacen los clásicos entre *apetito concupiscible* e *irascible*. Hay afectos más profundos. Hay que educar las *pasiones*, los *afectos* o *sentimientos*, como se suelen llamar en una terminología más moderna. Pero al niño también hay que criarlo desde el punto de vista de las *virtudes*. Conviene empezar por la *templanza* y por la *fortaleza* antes de educarle en la *prudencia* y en la *justicia*, lo cual es recomendable relegarlo para un poco después; si bien todas las virtudes contribuyen a dar mayor libertad al hijo.

6. Ningún varón –y ninguna mujer– tiene derecho a tener hijos fuera del matrimonio o abandonarlos. La poligamia es antipedagógica.

Estamos viendo en profundidad que el amor de los esposos tiene que encontrarse en el hijo puesto que el hijo es obra común. De aquí se concluye una cosa muy clara: el que un varón sea padre de varios hijos en distintas mujeres va en contra de la dignidad humana porque eso descoyunta completamente la relación o unión entre el amor de los esposos y el amor al hijo.

Al respecto nos podemos preguntar con el Filósofo Leonardo Polo: “¿existen demasiados niños en algunos países de Latinoamérica? La respuesta es negativa. Lo

que existe son demasiados niños mal educados. ¿Cuáles son los niños menos educados? Los que proceden de una relación extramatrimonial. Efectivamente es un gran problema, pero eso no justifica una política anticonceptiva, sino que lleva consigo una gran responsabilidad por parte de todos los miembros de la sociedad para rechazar ese tipo de conductas sexuales. Ningún varón tiene derecho a tener hijos fuera del matrimonio, y la mujer tampoco tiene derecho a lo mismo. No están permitidas ni la bigamia ni la poligamia porque son directamente antipedagógicos; hacen imposible la educación. Insisto, la educación sale siempre mal si no está unida al amor entre los esposos, y este amor es uno con una^[14].

El tema de la poligamia, conlleva el problema de la desunión de los padres, pero esto machaca a los hijos. Es un problema muy grande e implica siempre mucha atención. El hijo de una poligamia funciona de una manera inmadura a causa de un déficit en la educación por lo que es muy probable que su conducta sea inmadura; se dedica a sobrevivir como puede, cayendo a veces en la delincuencia. Por lo general se trata de niños abandonados.

7. Los padres tienen que educar a sus hijos para que sean libres.

Según lo que llevamos diciendo, la educación del niño en las virtudes es posterior porque en primer lugar se trata de que tenga normalizados los sentimientos. Si se logra la armonía de los sentimientos, luego, cuando la voluntad actúe sobre ellos, se obtendrán las virtudes correspondientes. La educación de los afectos o sentimientos tiene, por tanto, el sentido de preparar para la educación de las virtudes. Cuando las pasiones humanas están desorganizadas es muy difícil que se adquieran -cuando los niños ya sean mayores- la virtud de la fortaleza o la virtud de la templanza de una manera más estable.

La educación intelectual –para ir resumiendo– se prepara en casa a partir de encauzar el interés de los hijos. También se prepara con la educación de los diferentes niveles de la imaginación^[15], a lo cual dedica Polo especial atención, pero es importante despertar el interés por la verdad. Como la vida humana es una vida racional, una vida guiada por la razón, el niño debe captar la *verdad*, es decir, lo que necesariamente es así. La captación de lo verdadero es en la vida humana algo esencial. Sin eso el hombre no es un hombre; es un ser humano que ha quedado en la situación de infantilismo incapaz de incorporarse o enfrentarse con lo general y con lo común, y por consiguiente, tampoco tiene la apertura suficiente para entrar en la vida comunitaria de manera eficaz.

Según Polo, “La verdad es una condición de la *sociabilidad*”^[16]. Ambas cosas van unidas. El hombre es un ser sistémico. No se puede desarrollar aislado. Todos los hombres se ayudan entre sí, se enlazan unos con otros. Un señor que se ha desarrollado corporalmente y ya es un adulto, que se ha desarrollado en el ámbito sexual, que gana suficiente dinero, que es autosuficiente, pero no sabe que existe la verdad se aísla. Si no sabe que existe la verdad engañará para conseguir sus propósitos, como por ejemplo las *coimas*, y ¿por qué no sabe que existe la verdad? Porque nunca la ha visto. Por eso cuando se llega a la verdad enseguida hay que transmitírsela al niño o al jovencito comentándole, por ejemplo: “¿ves que eso es así, y

que necesariamente es así? Bueno pues, eso es verdad". Al manifestarle esto al niño la palabra verdad adquiere significado para él, una verdad desde el punto de vista de la *veracidad*. Es decir, que gracias a la verdad el ser humano puede hacer crecer su voluntad tratando de adaptarse a ella.

Es necesario fomentar el interés del niño ayudándole a descubrir la verdad. Pone de relieve la importancia de saber despertar el interés en el niño. Si desaparece el interés, el interesarse, también desaparece lo interesante, entonces, tendríamos el tedio, lo tedioso. La desaparición del interés, del interesarse, es el tedio. El tedioso torna las cosas aburridas y se aísla. Por eso es que el tedio se debe tratar de evitar y la mejor manera de eludirlo es *educando en la verdad* y además *tratando de hacer amigos*. La virtud de la generosidad y la de la amistad se apoyan en la verdad.

Aquí también se encuadra el enseñar a soñar^[17], es decir de abrirse a grandes proyectos, de servicio a los demás. El ensueño tiene mucho que ver con las ilusiones nobles si es un sueño educado. El Fundador de nuestra Universidad recomendaba: "soñad y os quedaréis cortos". Por eso tiene sentido soñar con Dios; no sólo que nos hable en sueños, sino "soñar con Dios"^[18]. Esto nos llevaría a la *educación religiosa* en el niño, que es una cuestión fundamental, quizás el ámbito más importante de todos. La educación religiosa corre y está a cargo en primer lugar de los padres. Por tal razón el Papa llama a la familia "la iglesia doméstica". Una familia es una iglesia, un modo de transmitir, enseñar y educar en la fe. Esta labor lógicamente la pueden hacer los padres siempre y cuando tengan fe y se preocupen por infundirla. De lo contrario es imposible. Cabe resaltar que en la educación de la fe hay valores de pedagogía. Por lo demás, sólo se puede ser un buen padre o madre en colaboración con la paternidad divina, este tema es muy largo y por ahora sólo lo dejamos señalado, sólo haremos una indicación y es que si bien los padres contribuyen a la constitución corpórea del hijo su alma la crea, la infunde Dios.

No podemos detenernos en la educación religiosa de los hijos, pero si hablamos de asuntos en los cuales se debe educar, indiscutiblemente la educación religiosa, la transmisión de la fe, es la más importante de todas, porque sin ésta se pueden producir desplomes en la vida de la persona; pero en este aspecto educativo, como en otros de la vida moral de los hijos es necesaria la ejemplaridad de los padres porque los hijos aprenden por imitación y porque nadie da lo que no tiene.

Evidentemente, la personalidad de los padres influye normalmente mucho en la personalidad de los hijos. Cuando éstos son pequeños se presenta sobre todo esa tendencia mimética la cual hemos señalado. Por muchas razones los padres influyen bastante en los hijos y éstos se fijan mucho en los padres.

Como tenemos poco tiempo, es importante hacer una acotación pertinente: Para que los hijos no se sientan presionados –menos humillados– por las indicaciones o la disciplina de los padres, es necesario fundamentar la actividad educativa en la verdad. Es importante "razonar" con los hijos. Se trata de una cierta despersonalización de la educación, de que el interés del niño positiva o negativamente no esté determinado por las órdenes de sus padres, sino que esté determinado por un elemento impersonal que es la *verdad*. La verdad es una propiedad que a uno le deja en suspenso por así

decirlo, y que tiene una soberana autoridad racional que es objetiva y no subjetiva. Esto es importante especialmente para la vida moral. La verdad no somete, no humilla, sino que libera: la verdad os hará libres

La *sociabilidad* del niño depende de la captación del valor de la ley, de que sea capaz de darse cuenta de que hay realidades que funcionan en las interconexiones de los sujetos. Por ejemplo no se debe mentir, no porque haya un castigo de por medio, sino porque los demás tienen derecho a la verdad y no a la falsedad. Es con el amor a la verdad como el niño va abriendo su voluntad al bien, también al bien de los demás.

Si queremos un futuro más humano, más solidario, hay que prestar atención a la educación de la verdad. El individualismo y la falta de solidaridad conducen a la *sociedad de consumo*. Es curioso que en las sociedades laborales y de consumo la falta de solidaridad sea un gran riesgo, porque todo el mundo aspira a tener demasiado.

En la sociedad de consumo el área de interés está cortada. En este tipo de sociedad la gente intenta siempre triunfar, pero triunfa haciendo ostentación de su propio confort. Hay una especie de lucha en ver quien tiene mejores cosas. Por eso la cultura del éxito tal como hoy se entiende es una carrera involutiva, lo que interesa no es ser mejor, conquistar altura moral, sino adelantar a otros.

La obsesión es comprarse cosas en una carrera íntimamente desgraciada, sin control. El hombre se siente desgraciado porque no se autocontrola. Aristóteles dice que el hombre es feliz cuando se autocontrola, y el autocontrol corresponde a la razón, al imperio de la razón sobre la vida entera, sobre los apetitos animales. La desracionalización hace a la gente completamente vulnerable. Nuestros hijos escapan a esa vulnerabilidad si los hacemos fuertes en la verdad, en el amor, en la solidaridad.

En este sentido y ya para finalizar, recordaremos la importancia de dicha finalidad educativa. Queremos que las familias aporten a la sociedad del mañana, y para eso contribuimos para fortalecer a las familias. Como decía Hölderlin donde está el peligro ahí está también la salvación. Podemos ver qué futuro queremos para nuestros hijos y obrar en consecuencia. Estamos seguros que el influjo de unas familias aunque sean pocas, tiene un efecto multiplicador en la sociedad.

[1] POLO, Leonardo, *Ayudar a crecer...*, Colección astrolabio, educación. Eunsa, Pamplona 2006.

[2] Idem, p. 42

[3] Idem, p. 45

[4] Idem, p. 48

[5] Idem, p. 94

[6] “una mujer no educa lo mismo a un hijo que un hombre y, por lo tanto, tienen que complementarse; tienen que colaborar mutuamente” Idem, p. 99

[7] Idem, p. 95

[8] Idem, p. 98

[9] Cfr. Idem.

[10] Idem, p. 89

[11] Idem, 91

[12] Cfr. Idem ps. 95-96

[13]. La inconveniencia de centrarse en exceso en lo sentimental descuidando por ello, o dejando al margen, otros aspectos superiores de lo humano como es la *teoría* o la *virtud* están descritas en la obra del filósofo Leonardo Polo titulada *Curso de Teoría del Conocimiento*, vol. I, Pamplona, Eunsa, 1984. La 2 ed. es de 1997.

[14] Idem, p. 92

[15] Idem, pgs. 135-152

[16] Idem, p. 162

[17] Idem, 169

[18] El Filósofo Leonardo Polo sostiene que a Dios se le puede conocer de muchos modos. Cabe conocimiento *racional* de Dios. Cabe asimismo conocimiento *intelectual* de Dios. Cabe también conocimiento *personal, antropológico*, de Dios. Cabe, como es sabido, el conocimiento que la *fe* proporciona de Dios. Y por encima está el *lumen gloriae*. Pero también cabe *soñar* en Dios. Cfr. en torno a este tema su opúsculo "La inteligencia y el conocimiento de Dios", en *Ateneo Teológico*, CTF 4, pp. 14-23.